

Vuelven las visiones y apariciones

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LOS que hemos sido educados en el racionalismo —y yo me cuento entre ellos— difícilmente apreciamos otros mundos distintos del de la razón. Sin embargo, estos mundos que no son contrarios a la razón, pero que escapan a su ámbito limitado, son una realidad humana que conviene analizar y valorar cuidadosamente. Gödel, el famoso matemático, descubrió hace años algo que es decisivo: la axiomática, esa ciencia rigurosa de la deducción lógica, no puede ser deducida con la pura razón racionante, sino que necesita de algo que escapa a su propio campo. Necesita de una intuición previa.

Del mismo modo, Hadamard, el psicólogo de la ciencia matemática, descubrió que el desarrollo de esta rama del saber se produce por factores que escapan al puro razonamiento. El subconsciente, la intuición y la imaginación han sido incluso más importantes para el desenvolvimiento de esta ciencia que la sola razón.

Por eso hay que analizar con cuidado el significado del testimonio religioso que se encuentra en las páginas de la obra de Castillo-Puche que titula "El libro de las visiones y apariciones" (Ed. Destino). Este novelista, que en cada libro que publica se supera a sí mismo, es un católico mezcla de tres ingredientes: el inconformista Bloy, el católico de las cosas terrenas Peguy y un hombre que vive en nuestro tiempo. Por eso, difícilmente se le puede encasillar —como nos pasa a muchos creyentes— en un molde hecho. Esta su última novela (¿novela católica?, quizá sí, pero en un sentido nuevo) es, en mi opinión, un testimonio contra el automatismo de nuestra civilización que hace que nuestros seres humanos del presente estén descoyuntados, sean actores maquinizados de los Tiempos modernos de Charles Chaplin. El hombre de hoy ha evaporado la compleja riqueza de lo humano y no tiene ni meollo ni casi carne ni huesos, porque es un conjunto de piezas de un reloj descompuesto. Castillo-Puche, en su última obra —de la cual es en alguna manera su personaje central—, se eleva a una dimensión distinta, vital, compleja, que supera los moldes impuestos por nuestra raquítica civilización de regla de cálculo y de máquina electrónica. Y él, con su humanidad sincera, plena y bondadosa, aunque no bonachona, representa a su villa natal, Yecla, que no es un pueblo abstracto, sino una realidad que palpita a través de sus páginas. Este relato autobiográfico describe un mundo exterior e interior vivido desde la ingenuidad infantil, que es la que sabe hablar de lo más enorme con la sencillez de quien no se percata de todo el fondo que se contiene en lo que va diciendo.

Con lenguaje flexible y bien trabado se recoge ese tremendismo español mezcla de picaresca y retablo de maese Pedro, que es producto de una España esperpéntica descrita con cariño, y que desfila por sus páginas donde la doctrina está medida por la vida, y no al revés. El cura —el tío Cayetano— se mueve más que por ideas por miedos, que atemperan su reciedumbre; y su hermano —el tío Cirilo— es una estantigua hecha de raíces católicas brotadas de nuestro suelo, llenas de rigidez moral, de hervor pasional y de voluntad de hierro.

El niño-hombre protagonista (que es el propio Castillo-Puche) revive no sólo sus años de infante, sino todo su trabajo de novelista, resumiéndolo en esta obra que podría tener precedentes en la pintura de Goya y en el vitalismo de Valle-Inclán, precedentes que no pueden explicar todo el estilo ni todo el contenido neobarroco del autor, porque principalmente se inspira en sí mismo, en toda su vida de fuera y de dentro sin centrarse sólo en su intimidad. Esta novela capta, sin acritud, sino con comprensión crítica, la gran riqueza psicoanalítica de lo español. Describe un ambiente mezcla de subjetivo y objetivo que, desde el punto de vista religioso, se podría describir como una aparición o una visión. Porque el hombre que vive a través de sus páginas no es el hombre lineal, unidimensional de hoy; no es el hombre a quien le falta la dimensión intuitiva y fantástica, sino que el hombre que vive el libro supera los estrechos límites de nuestra civilización de regla y compás como es toda construcción geométrica.

Castillo-Puche sabe transmitirnos esa dimensión de lo humano que él mismo no ha perdido, y que no tiene nada de un tremendismo acre, sino que su tremendismo proviene de la riqueza de una vida de la que no ha desaparecido ninguna de sus dimensiones por criticables que a primera vista parezcan.

San Juan de la Cruz —el más drástico de nuestros pensadores religiosos— pedía a los creyentes de su época, llenos de fantasías, apariciones y revelaciones, que hicieran un ejercicio sistemático de lavado de cerebro para olvidar tales fenómenos. Su radical postura —que tiene para mí un atractivo especial— olvidaba, sin embargo, lo que siglos más tarde descubrió Freud. El ser humano necesita expansionar y expresar todo lo que bulle en su interior. Toda la ebullición íntima que está represada en los estrechos límites del ser humano necesita de una salida, de un cauce que no sea explosivo, impidiendo así que el ser humano termine en la violencia destructora o en la disgregación personal. Esto es lo que la Iglesia ha intuitivo a través de los siglos

de su vida con su sentido de lo litúrgico. Sentido expresivo y catártico —liberador de complejos íntimos— al mismo tiempo, que supera las represiones y permite un desarrollo satisfactorio e integrador de la vasta riqueza del ser humano cuando es religioso. Por eso en la novela —testimonio autobiográfico de Castillo-Puche— se adentra en un mundo de fantasía y de realidad que frecuentemente se confunden y compenetran entre sí, y que al romper los moldes del hombre matematizado de hoy pretende transmitirnos un mensaje. Mensaje que se presenta mitologizado, profundamente criticable, pero que posee en medio de su rechazable alienación un punto que es preciso descubrir, depurar, psicoanalizar, pero que no hay que perder. Es el descubrimiento de que detrás de toda expresión humana profunda, por discutible y rechazable que sea, late una dimensión que supera los límites estrechos del hombre concreto y que yo llamaría "el problema". Algo que escapa a la medida de la regla y del compás y que —con una palabra que no me gusta porque resulta demasiado oscurantista— el filósofo católico Gabriel Marcel denominaba "misterio".

Como decía Pascal, "el hombre supera infinitamente al hombre"; o como recordaba el filósofo Luis Lavelle: el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose. Pero la superación no es la exclusión, sino la asunción de toda esta profunda, confusa y abigarrada riqueza de lo humano que únicamente debemos depurar, desmitologizar, pero no evaporar.

Hay que redescubrir "el problema" como elemento de la vida, como acicate que nos mueve perpetuamente a desvelarlo, aunque no lleguemos nunca del todo a conseguirlo. El creyente tendría que inventar una nueva liturgia popular que no fuese esa superficial y vacía de cánticos cursis o superficiales que hoy nos ha invadido, sino que fuese expresión del "problema", pero realizada al modo humano y enriquecedor que llevamos dentro y que debe también descubrirse fuera de nosotros.

El libro de Castillo-Puche, con sus visiones y apariciones depuradas de toda la ganga rechazable que contienen esas experiencias, podría y debería llamarnos la atención hacia esa liturgia popular tan necesaria al creyente que no debe venir del cielo, sino de la tierra. ■